

LUZ Y HECHIZO DE CÁCERES, CIUDAD MEDIEVAL

JUAN DE LA CRUZ GUTIÉRREZ GÓMEZ

Fotografía: TOMÁS GONZÁLEZ HERNÁNDEZ. Noctógrafo.

“Cáceres, Patrimonio de la Humanidad, queda grabada en todos, por su fascinante conjunto medieval y por la inmensidad e intensidad de su luz”

RESUMEN

El ensayo *“Luz y hechizo de Cáceres, Ciudad Medieval”* refleja el recorrido de un amplio y detenido paseo del autor por el conjunto de la Ciudad Histórico-Monumental de Cáceres, de carácter sentimental, emocional, humano, periodístico, viajero y literario del autor por las callejuelas y plazoletas que se albergan en el conjunto de la Ciudad Medieval. En ese recorrido el autor refleja de forma especial el encanto y la peculiaridad que surge, emana y se expande en el patrimonio enriquecedor de la luz y sus haces de rayos, la magia sublime de sus monumentos, el hechizo de la ciudad y el misterio que se configura en el fondo del alma del caminante.

Un camino lento y detenido, reposado, dejándose llevar por la esencia que transmite el conjunto histórico-monumental y medieval, que causa una admiración profunda en todos los transeúntes que se adentran en un recorrido sin prisa alguna y grabando los episodios emocionales que se transmiten a través de la luz, de los palacios, de las mansiones solariegas, de todos los rincones de Cáceres, Ciudad Patrimonio de la Humanidad.

Palabras claves relaciones con el artículo: “Cáceres”, “luz”, “magia”, “histórico”, “monumental”, “medieval”.

La Ciudad Medieval de Cáceres, declarada sucesivamente Bien de Interés Cultural, Conjunto Monumental Europeo y Patrimonio de la Humanidad por la Unesco, plena de historia, se encuentra repleta de palacios, iglesias, mansiones solariegas, conventos, torres, ermitas, arcos, enjutas láminas de callejuelas, rincones escondidos con el sabor de su magia y hechizo, grandes plazas, cuevas, misterios, beaterios, minúsculas plazuelas, de luz y hechizo. Toda una inmensa, pletórica Ciudad Medieval.

Un conjunto que rezuma haces de luces con una belleza sin par y que imprime al casco histórico-monumental, desde su muy acertada y cuidada rehabilitación, un atractivo que enamora a todos. A los cacereños, porque es y se trata de su joya, su gran tesoro, su identidad; a los foráneos, porque claman de asombro, de fascinación, de encanto, de admiraciones, de ensoñación... Mírese y contémplese por donde se desee, o por donde le lleve el azar a uno, Cáceres queda grabada, con hondura, en la retina y en la memoria, ante la inmensidad del decorado pétreo que rodea todos los pasos por donde marche el caminante en medio de una sorpresa, una curiosidad, una exclamación...

¡Vive Dios que, para mayor gloria en los ecos a través del sendero de la historia, de su nombre, de sus gentes, de ayer y hoy, que es así...! Loada, pues, sea esa semblanza que se alza a los cielos a través de la gloria de la ciudad romana, judía, árabe, cristiana.

Toda una luz de claridad de claridades en su máxima expresión de fuerza y belleza, de hermosura sublime, y, sin embargo, qué contraste, de enigmas y compaginaciones de

la cultura y sus misterios. En la ciudad Histórico-Monumental, en la ciudad Medieval, en la ciudad Patrimonio de la Humanidad. Con un amplio abanico de las más variadas tonalidades y de los dilemas que emanan a través del paso del tiempo y de los más diversos hechos que, por mor de los senderos y el azar, acaecieron en el transcurso de su historia. Unos períodos, cuajados de una diversidad de acontecimientos, donde uno no tiene más remedio que detenerse, tal como se señala con esa expresión sublime que se configura y eleva en las páginas de Cáceres. Entre batallas, peleas y conquistas, entre luchas, encuentros y desencuentros en el recorrido infatigable, entre ataques continuados por parte de unos y la defensa firme de sus moradores... También, claro es, entre sueños de infinitas luces, monumentales, que, sin embargo, se desparrama por todos los rincones que se distinguen, siempre notorios, a





través de un emocionado recorrido por la sublime esencia que se alberga en su casco monumental, y que se alzan, de modo permanente, como un rosario de misterios, sí, y de anhelos en su continuada proyección hacia los cielos de la eternidad, que, hoy, se esparce por todo el mundo.

Cáceres es, nada más y nada menos, que una fascinante Ciudad Medieval.

Tal se configura un largo poema, pleno de versos y aventuras en su historia y desde sus sugerentes hechizos, que se acompañan en el seno de todo el conjunto de esfuerzos que se fue hilvanando, paulatinamente, con la generosidad de todos aquellos, cuantos de cualquiera de las maneras, aportaron su voluntad manifiesta, su generosidad, su creatividad, su imaginación, su inteligencia, sus retos, sus dineros y hasta las manos esforzadas de tropeles de gentes que legaron sus esfuerzos y su obra con el reto de tantas generaciones, para mayor logro de todos.

Todo un sin parar de encantos que se dan cita con la cultura y sensibilidad artística de la ciudad Medieval de Cáceres. con la guía del pasado que se almacena, hermosa, orgullosamente, en el corazón y el alma de todos... Cada amanecer, cada atardecer, cada anocheecer, a cada segundo del ritmo del tiempo que marcan las agujas del reloj. La del segundero, la del minuterero, la horaria, a cada salto y a cada improvisado alto de sus paseantes ante la maravilla, la magia, el hechizo, la fascinación, la sorpresa, que configuran y conforman en su conjunto todos y cada uno de los monumentos que saltan a la vista en el recorrido de los muchos descubrimientos que se presentan ante los sorprendidos viajeros.

El paseante cacereño, claro es, ya está acostumbrado al sosiego solemne de sus trayectos por la ciudad medieval. Aun así, no para de admirarse de las esencias de las



piedras de las torres, de las iglesias, de los palacios, de las mansiones, de los muros que le rodean, invitándole a ese paseo habitual... Pero ¿Y el visitante, amigo?

Allí, entre los perfiles de la ciudad histórico-monumental cacereña --antes conocida, popularmente, como antigua y/o vieja-- sobresalen entre otros muchos, ay, la Muralla árabe, el Adarve de la Estrella, la Plaza de Santa María, con su concatedral, la Casa Mudéjar, de arquitectura toledana, la Cuesta de la Compañía, el Aljibe, el Palacio de las Veletas, sobre la Alcazaba Árabe, el Palacio de Toledo-Moctezuma, el Palacio de la Generala, la Casa de los Solís, la Casa de Aldana, la Puerta del Postigo, torres defensivas cristianas y árabes, la de los Púlpitos, la de la Yerba, la Mochada, la del Horno, la de Bujaco, la Enfermería de San Antonio, el Baluarte de los Pozos, la Casa del Comendador de Alcántara, el Arco de la Estrella, principal puerta de acceso a la Ciudad Medieval, el Arco del Cristo, que rezuma el sabor de la romana muralla, el Foro de los Balbos, donde se alzaba una de las puertas cuando la vieja Norba Caesarina, más tarde, con la dominación árabe, Qàzris, el Hospital de los Caballeros, el Balcón de los Fueros, la Casa del Judío Rico, la iglesia de San Mateo, levantada sobre una mezquita, la Judería, entre estrechos callejones sefardíes, y su barrio, San Antonio de la Quebrada, con ermita sobre una sinagoga, donde una deslumbrante luz reverbera en sus casitas encaladas, campanas que espantan a un vuelo asustadizo y acelerado a cernícalos y vencejos, el conventual de San Pablo, con los ecos de las monjas de clausura franciscana, ajetreadas entre rosarios de preces, sacrificios, silencios y meditaciones que combinan entre dulces con sabor a gloria bendita y todo un desfile continuado de casas hidalgas cacere-

ñas, con arraigo de notables connotaciones asentadas, con firmeza de siglos convergiendo en la historia...

¡Y tantos y tantos lugares, numerosos y sugerentes rincones, pequeñas y genuinas calles, sorprendentes esquinzos, tan humilde y tan calladamente, recogidos, pero siempre, lo prometo por mi honor ante miles de paseos entre esa serie de propuestas que se escenifican en la grandeza de la ciudad Monumental! ¡Y que se me castigue, si así procediera, si mintiese o me equivocara, ante tan deslumbrante conjunto alzado por la gesta de miles y miles de gentes...!

También, por supuesto, amigo lector y paseante, en este apasionado recorrido, con ecos de lejanos tiempos, para enriquecer de pleno ese asombro ante la vista y el sentimiento de emociones que palpitan entre una plenitud de fachadas platerescas, góticas, renacentistas, de portadas adinteladas, otras adoveladas, con sillares almohadillados, retablos barrocos, espadañas, matacanes, arpilleras, escudos nobiliarios y señoriales esculpidos en cantería y alabastro, con flores de lis, águilas, leones, castillos y hasta un sol con rostro humano; balcones esquinados, blasones heráldicos de familias nobiliarias, escudos episcopales, muros de mampostería, almenas picudas, barbacanas, llamativas gárgolas, medallones, saeteras, ventanas ojivales, gemelas otras, también enrejadas con hierro forjado, ajimeces cacereños, faroles, con el parpadeo de una luz casi indescriptible en el misterio de sus rayos, cuajados de maravillas, y que amarillean la oscuridad de la noche, palpitando en el alumbramiento de ese genuino, sorprendente, misterioso juego a caballo de las sombras de la noche y a la vez de las luces entre la sinuosidad de las tinieblas...

¡Qué combinación de plenitud artística en la planificación de la villa y de la ciudad, alumbrando el fulgor misterioso entre los senderos del amanecer, del atardecer, del anochecer, de la madrugada...!

Del mismo modo y manera que sobresalen leyendas pétreas esculpidas por los siglos en las fachadas de algunas paredes nobiliarias como todas las que se aprecian y en las que se deja constancia de mensajes, quizás como santo y seña por y para la eternidad, quién sabe, de sus autores así como su interpretación por todos cuantos se detienen a leer las mismas. He aquí, pues, algunos ejemplos que se abren a la reflexión de todos: "*Vanitas vanitatum et omnia vanitas*"¹, "*Aquí esperan los Golfines el día del juicio final*", "*De ore leonis liberanos Domine*"², "*Sé tú Señor para nosotros torre de fortaleza y se renovará como la del águila, nuestra juventud*", "*In aeterna memoria iustorum*"³, "*Ave María*", "*Non habemus hic civitatem manentem sed futuram iniquiribus*"⁴.

Y hornacinas como las que se perciben en la Puerta del Río, con Vírgenes, santas y un Cristo crucificado, patios herrerianos, mudéjares, renacentistas, toscanos, con claustros

1.- "Vanidad de vanidades y todo vanidad".

2.- De las fauces de leones, libéranos Señor.

3.- A la eterna memoria de los justos.

4.- "No encontramos aquí una ciudad permanente si no que buscamos la eterna".



porticados, a través de toda una salpicadura de jardines, entre capillas de devoción, con un desfile continuado de sepulcros artísticos, personajes distinguidos en la ciudad, que velan una infinidad de retazos y silencios en la historia cacereña, que se arremolinan con sus ramos de piropos y bellezas monumentales levantadas a pulso de miles de personas, que se fueron dejando sus fuerzas y, claro es, sus riachuelos de sudores. ¡Siempre sosteniendo la figura sin par de Cáceres hacia arriba, hacia lo más alto posible, que pareciera que nunca se finaliza ni culmina el esfuerzo de todos ellos, en la conquista de los cielos, con su radiante azul de día, abierto a todos, y su sacrosanto poema en la noche, elevando los esforzados trabajos en un sin fin de continuadas obras que, hoy, podemos admirar todos, uno y otro día, en una de las ciudades medievales más hermosas del mundo, con sus hospitalarias y acogedoras puertas abiertas donosamente de par en par a todos.

Un consejo: Piérdete por la esencia y por las sugerencias de los caminos que pone ante ti la Ciudad Histórico-Monumental de Cáceres, toda una eclosión de hechizos, todo un conglomerado de enigmas, toda una infinita serie de puntos de atención y encuentro, amigo lector, y de ese modo, aunque te reviertas en una estatua humana retenida por las sugerencias de la ciudad, siempre sublimes a ojos de todos, comprenderás, con toda claridad de claridades, el sortilegio histórico-artístico de su estructura y recreación medieval.

Cáceres se configura, a lo largo de todos sus perfiles y de su silueta monumental, como una Ciudad Medieval acompasada por el sabor y el rigor de la historia, por la fantasía y el privilegio de haber sido rehabilitada, palmo a palmo, con el diseño. convertido en apasionante similitud de aquellos otros tiempos, y conjugados en su glorioso pasado.



Todo un cúmulo de haces de luz y hermosura, enmarcado con la intensidad e inmensidad del más puro y cuidado arraigo en la Ciudad Histórico-Monumental. Entre sortilegios de anhelos, de idilios, de leyendas, de profundidad de enigmas, de miles y miles de aventuras, entre batallas con el batir de las espadas cristianas de hierro y con curvas cimitarras musulmanas, de perfiles cuajados con contenidos y cuidados silencios entre tanta belleza que se expande, libre, abierta, artísticamente, por entre los aires volanderos de la eternidad.

¡Ay, mi querida Cáceres, Ciudad Medieval...!

La radiografía de la “luz y hechizo de Cáceres, Ciudad Medieval” tal cual dicta el título de este ensayo, amigo lector y caminante, tan solo pretende invitarte a que te impregnes con la aureola del rigor monumental y exquisito, solemne, de Cáceres y el patrimonio coral de ese conjunto que se siluetea y transparenta por toda la Villa y por toda la Ciudad. Torre a torre, piedra a piedra, callejuela a callejuela, palacio a palacio, iglesia a iglesia, mansión hidalga a mansión hidalga, plazoleta a plazoleta, cuesta a cuesta, rincón a rincón, estampa a estampa, esquinazo a esquinazo...

Me asoman unas lagrimillas por los ojos, que van se deslizando, a través de un recorrido nostálgico, como un mínimo aprendiz de riachuelo, por los carriles de la cara, avanzando lenta, paulatinamente, hasta alcanzar el suelo, y en el queda una pequeña radiografía emocional de tantos sentimientos del alma que generan las emociones ante Cáceres. Lo juro, por mi conciencia; lo juro por y ante lo más sagrado con el parpadeo en el que se entrevé, si bien, ahora difuminada entre el resto acuoso de las lágrimas, la intensidad de la semblanza y el recorrido del perfil que se muestra por una continuada, infinita serie de

encantos por el circuito mágico en la silueta del horizonte, con todos y cada uno de los rasgos, con todos y cada uno de los trazos, que se acogen en la geografía escénica y argumental de la Ciudad Histórico-Monumental de Cáceres. También, claro, las que emanan de las percepciones, individuales y conjuntas, a solas, o aunadas, en el alma.

Pon atención, viajero y paseante amigo, que ahora estás, permíteme, el verbo, caceñeando. Esto es, llenándote con el esplendor de una Ciudad Medieval denominada Cáceres. Tal cual se escucha el grito mágico, misterioso, histórico, medieval, que se abre y ofrece por todas las partes del mundo, de cuantos llegan a Cáceres, imantados por su pasado, y se van, aún, mucho más imantados con ese grito y ese clamor:

—¡Cáceres, Ciudad Medievaaaaaa...!

Una exclamación, un suspiro, una emoción, que se traduce en tantos idiomas cuantos visitantes se llegan hasta esta Ciudad, cuajada de arte, repleta de historia, orgullosa de ese tesoro de siempre y eterno que se expone y ofrece en el altar de su corazón. ¡Qué más se puede pedir con las miles y miles de imágenes, de secuencias, de argumentos, de monumentos, que se muestran cada día a todos cuantos rinden visita de lujo admirativo en este recinto medieval!

Se escuchan unos cuantos toques del badajo de la campana con la tarde, que repican asomándose a la balconada del anochecer, sin prisa alguna, ensimismados en su recorrido y en su travesía medieval cacereña, de la misma manera y de la misma forma como las que se escuchan, aunque a cada instante un poco más lejos y al tiempo un poco menos, bajo el eco de esas mismas campanadas que se va diluyendo por las campas de una paulatina lejanía. Se escucha el latido de la exclamación de tanto viajero de habla inglesa:





—¡Cáceres, Medieval Cityyyyyy...!
 Y de tanto viajero de origen francés:
 —¡Cáceres, la Ville Médiévaleeeee...!
 Y de tanto viajero de lengua alemana:
 —¡Cáceres, Mittelalterliche staaaaaadt...!
 Y tanto viajero portugués:
 —¡Cáceres, Cidade Medievaaaaal...!
 Y de tanto viajero italiano:
 —¡Cáceres, Città Medievaleeeee...!

Lo señalo desde la atalaya de mi propia reflexión, franca y auténtica. Eso sí, que quede constancia, aquí y ahora, anhelando palpar la luz movедiza y escurridiza de Cáceres y guardarla para siempre en un lugar sagrado de mis adentros. ¡Qué alumbramiento el de la hermosura de la luz en Cáceres, Ciudad Medieval! ¡Cómo se escapan de entre mis manos, lamentablemente, sus haces de rayos brillantes y que el ensayista, quisiera guardar y albergar para siempre, de forma perpetua, consigo...!

Ese haz, esos haces que se van impregnando, segundo a segundo, poco a poco, en el transcurso del tiempo junto a los sentimientos del viajero, que se van esfumando, a la par, desde sus agarrotadas manos, con la plenitud de sus tonalidades cuajadas de pinceladas azules, naranjas, malvas, grisáceas, blanquecinas, amarillentas, doradas intensas, de toda intensidad, cuando el sol quema, que tocas el granito y pareciera ardiente en tardes de estío, o cuando la noche se perfuma, suave, tímidamente, con hechizantes esencias de asombros y de casas nobiliarias, de iglesias y de palacios, de torres y de



ermitas, de mansiones hidalgas y de todo el gentío medieval cacereño, entre silencios cautivos del alma y abrumado de parpadeos, de hechizos, de esquinazos, de admiraciones, de enigmas, que se expanden y que, sin embargo, se pierden por todos los senderos que se abren desde Cáceres, Patrimonio de la Humanidad.

Toda una serie de sensaciones que se dan cita, una y otra y otra vez, con ese palpito de quien busca, acaso desde una más que significativa transformación espiritual, la luz de Cáceres como fuente que mana vida; como reguero de quien tan solo intenta encontrar el candor anímico de la Villa como un surtidor permanente, incesante de luz, de la propia ramificación de la luz de Cáceres; de quien anda, marcha, pasea, camina, trasiega o, acaso, se detiene agarrotado en sus propios pasos, con la vista, con el corazón, con el sentimiento embargado y asido a toda esa fuerza que se divulga desde la luz de la Ciudad Histórico-Monumental...

De cuantos recorreremos las vías medievales cacereñas a través de esa exultante iluminación por entre el ímpetu de los rayos que se abre a los cielos, perdiéndose por las campas de la eternidad, sin cesar en la propia belleza de la fuente de la luz... Una luz preciosa, siempre; hermosa, siempre; inmensa e intensa siempre; desde el propio ramillete de los haces donde se siente Cáceres, más palpitante que nunca jamás, alumbrada por todos esos segmentos y senderos universales con un aura de hermosura y de resplandor que se impregna, de forma continuada sobre una ciudad eminentemente bella, apasionantemente genuina, siempre sugerente...

Te quiero, Cáceres, lo juro por lo más sagrado, por la memoria de mis padres, que gloria haya, y te querré en la eternidad.

Te preguntas ¿Qué sucede? ¿Qué es lo que está acaeciando? ¿Qué es lo que está pasando...? Silencio... Un silencio impregnado de una carencia absoluta y total de ruido. Hasta del menor ruido. Ni una pisada tan siquiera. ¡Qué digo...! Ni el parpadeo de una sola persona. Se hace un silencio fuerte, profundo, generoso, impactante, diríase que monástico, que casi, casi, se escucha, sin embargo, de forma ensordecedora, qué curioso, y que invita a la reflexión. Luego, paradójicamente, sin embargo, ese mismo silencio, pareciera abrirse y que se transformara en alborozo.

De repente, ese otro silencio que pone la carne de gallina y que hace temblar el alma. Ignoro por qué. Si acaso el espejo de la noche que ya se cierne en sus primeros apuntes, en sus primeros pulsos, en sus primeras caricias entre la monumentalidad de las piedras, los muros, los templos, las casonas.

Sigue, continuadamente, ese silencio, profundo, abierto, callado de silencios aromatizados del esplendor medieval. Miro por todas partes, por todos lados, por entre todas las piedras que ensalzan la Ciudad Histórico-Monumental y Medieval de Cáceres...

Más tarde responde, solamente, el concierto callado del silencio, entre sus trompetas y tambores. Acaso retándome. Quizás avasallando. Y tú, amigo caminante, ahora que no te veo, ahora que te asombras, ahora que te callas, ahora que enmudeces... Te acaricia, solamente, el silencio en medio de un baño de luz más bello que la propia belleza, más hermoso que la propia hermosura, más fascinante que la propia fascinación. Te acaricia, suavemente, entre las luces de Cáceres, el silencio, la fuente del silencio, el río del silencio... Te enamora, de forma majestuosa, penetrante, cercana, próxima, el cauce del manantial del silencio. Y tú, casi sucumbiendo, quisieras declararte a la luz y las luces de Cáceres acompañado, sigilosamente, por ese caudal de silencio por el que caminas casi





de puntillas, tratando de no perturbar ni interferir, ni tan siquiera lo más mínimo, ese mágico concierto que conforma la algarabía del silencio y de la luz.

No te preocupes. Eso es, sencillamente, porque ya te vas contagiando, de forma paulatina, por el hechizo, por la magia, por el sabor, por la hondura, por el arcoíris, entre las más sorprendentes sugerencias que se radiografían a través de la luz de Cáceres impactando sobre la monumentalidad de la ciudad medieval

¡Qué relieve de luz y de sombra, de claroscuros, los que se encuen-

tran al otro lado del telón de esa escenografía que se engalana por todos los rincones de la ciudad medieval y eterna cacereña! Por uno y otro tiempo histórico; romanos, judíos, árabes, cristianos; en uno y otro lugar; a una y otra hora; en uno y otro esquinazo; por todos sus senderos y por todos sus surcos; por todas sus veredas; por todos sus derroteros; con la compañía de la lluvia suave que acaricia la ciudad histórico-monumental; con el sol radiante y descargando sus rayos de luz con su habitual persistencia; cobijados entre sombras; envueltos entre nieblas; sorprendidos y encogidos con los fríos invernales y sus mares de brumas; dibujadas siempre, eso sí, con un amplio muestrario de pinceladas sobre los misterios parpadeantes, de, en, con, por y para el encanto bajo la luz de Cáceres.

Una luz hechizante, radiante, palpitante, brillante, emocionante, fascinante, constante...

Adéntrate más, entonces, caminante, por los enigmas que se esparcen, de una forma verdaderamente manifiesta, por toda la ciudad histórico-monumental. Aquí tienes mi mejor consejo y mi mano amiga... Avanza, ya, de la fuente de esa luz eterna y sobrecedora hacia el esplendor que irradia y que emana de las piedras monumentales. Se hace, entonces, otro silencio sobrecogedor. Lo sé desde que me situé en la autenticidad de Cáceres gracias a mi padre y sus lecciones en el exquisito conocimiento de la Ciudad



Histórico-Artística, en el recorrido por una ciudad plena de la más sorprendente estampa que tantos poetas, juglares, escritores, fotógrafos, reporteros, pintores, soñadores, artistas, ciudadanos, han cantado y cantan con sus artículos, reportajes, fotografías, pinceladas, piropos, que conjugan, a la perfección las emociones de Cáceres a través de su recorrido viajero, artístico, curioso, intrigante, medieval... Tal vez no puedas expresar más palabra que la que sugieren e imantan tus ojos deslumbrados de luz y abrillantados...

¿Y te parece poco?

Ya te encuentras de pleno ante la luz histórico-monumental, excelsa, privilegiada, solemne y profunda, impresionantemente emocional, de esta ciudad. Cáceres. Tuya y mía,

abierta con la mayor generosidad, siempre, a todos. Entonces... Entonces ya nunca se irá de tu memoria este hallazgo de luz y de piedras, tal cual se configura la escenografía, la coreografía, la decoración y la representación de la Ciudad Medieval de Cáceres, rehabilitada y realzada, como jamás pudiera imaginarse para mayor gloria.

Con la riqueza que impresiona siempre la luz cacereña por todos y cada uno de sus cauces. Ayer, entre los de la historia y su legado desde las raíces romanas, judaicas, de la morisma y de la cristiandad; hoy, avanzando por los recorridos más penetrantes de Cáceres, serpenteando por entre el río de sus callejuelas y plazoletas, por su recinto amurallado, soberbio de esplendor... ¿Mañana? Mañana, probablemente, como todo un cielo infinito de luces... Siempre, en Cáceres, el rito y el ritmo marcado por una luz solemne y perpetua, sublime, única...

Déjate ir, pues, hacia donde te lleve caprichosamente la vista, allá por donde te conduzca la mirada, hacia donde te dirija el palpito del corazón, por donde te pilote el sentimiento y el alma. Te lo aconsejo. Hacia donde te lleve, reitero, el palpito del corazón. Pasarás, entonces, con esa serenidad y ese aliento deslumbrante y sugerente que induce el sabor y el saber entre las entrañas de ese inmenso solar cacereño en el que se conforma su Ciudad Medieval y de ese ensamblaje como el que marca su estructura configurada como Patrimonio de la Humanidad.

Si me permites, no te pierdas un solo rincón, ni un segmento tan siquiera de rayo de luz, ni una sola de sus piedras, ni un solo palmo de sus muros, ni una secuencia de todas cuantas se dan cita a tu alrededor. Porque entre todos esos argumentos, aunados en un conjunto único de las más sugestivas y bellas semblanzas, Cáceres, esa inmensidad medieval, radiografía sus luces hacia todo el panorama histórico-monumental europeo.

Accede por toda la geografía del callejero, aprovecha el effluvio de esa inmensidad de la luz cacereña, escucha con serenidad y detenimiento, con atención, si lo prefieres de forma ensoñadora, el concierto celestial del silencio, imponente y elocuente, y el encanto, siempre penetrante, de la apasionada noche cacereña y sitúate, en Cáceres, punto de cita y lugar de encuentro con la Edad Media y el Renacimiento.

¡Ahí es nada...! Todo un paseo emocional, sin prisa alguna, con el reloj que marca el tiempo arrinconado en el último rincón del olvido. ¡Qué más da la hora del día...! Se tú mismo en este peregrinaje marcado y diseñado por el realce del medievalismo de Cáceres y que sugiere una amplia diversidad en la configuración de sus escenarios en todos sus caminos; desde la ensoñación, entre sus plazuelas y callejones, hasta el asombro de sus iglesias y torres, desde el marco monumental de una ciudad hasta ese acompañamiento de sus gentes en la joya sagrada de la Ciudad Medieval que todos ensalzan, que todos divulgan, entre admiraciones, piropos, elogios, comentarios, fotografías, recuerdos, sensaciones...

Que no te importe para nada el tránsito, uno a uno, de los segundos; ni, tampoco, el tránsito, uno a uno, de los minutos; ni tan siquiera, por supuesto, el tránsito, una a una, de las horas de todo ese tiempo que te sugiere y demanda el alma encantada mientras paseas atrapado por el sortilegio existente entre los muros y paredes de la ciudad histórico-monumental cacereña. Medítalo, por tu satisfacción, por tu placer, por tu bienestar. Resulta todo un privilegio, ahora que avanzas paso a paso, con las múltiples combinaciones de los colores y que se funden con las infinitas pinceladas que se irradian a través de los segmentos de la luz de Cáceres. ¡Qué cantidad y diversidad de tonalidades diseñadas por la variedad de luces y sus siluetas y conformaciones, desde sus haces y miles y miles de rayos, que se van desgranando, de modo constante, entre el amanecer, la mañana, la tarde, el anochecer, la madrugada, como toda una canción de sugerencias y sensibilidades de cada uno de sus paseantes, de sus transeúntes, de sus caminantes, de sus visitantes...! ¡Y cómo se plasman esos colores sobre las torres, las iglesias, los palacios, las casonas solariegas, los beaterios...!

¡Y, así, una y otra vez, en todo un ciclo de luces, que va conformándose como una continuidad de diferentes tonalidades de las que emanaba tan solo unos instantes atrás...!

Para tu conocimiento: Una acuarela, la del recinto amurallado, compuesta con la armonía del equilibrio histórico y artístico sobre un marco único, y donde no hay ni existe más alternativa que detenerse en el primor y el fulgor de cada una de sus estampas y de cada uno de sus rincones que se van ralentizando, poco a poco, pero que, no obstante, se escapan, a cada momento, desde el incesante manantial de las secuencias que se articulan a través de los pasos que se te abren por todos las rutas de la Ciudad

Medieval y por la infinidad gigantesca de luces que se abren y diluyen por todos los vericuetos del conjunto histórico-artístico y monumental de Cáceres.

Ahí radica el secreto del enigma, amigo viajero: La combinación del misterio desbordante de la luz de siempre, plasmada pacientemente sobre los lienzos, a través de los años y siglos, y bordada artesanalmente en los tapices monumentales y pétreos de Cáceres... Y donde la luz surge a borbotones, como todo un rumor que va fluyendo por el amplio y luminoso conjunto histórico-monumental...

Cáceres es luz, sobre todo luz, siempre luz. O, mejor, Luz, con mayúscula. Una Luz genuina, plenamente cacereña, que se respuntea por todos los riachuelos que revolotean por los aires de la madrugada, de la mañana, de la tarde, de la noche, que se difuminan por y hacia todos los rincones y por todos los confines de su magia persistente, de su hechizo constante, de su encanto imperecedero...

Sumergido ya, de pleno, en la simbiosis de la monumentalidad histórico-artística de Cáceres, de su multiplicidad de colores y de su radiante identidad en toda la Ciudad Medieval, contemplarás en esa Ruta de la Luz de Cáceres, numerosos haces de la propia luz que brillan, como soles y como estrellas, de forma majestuosa...

¡Cómo se distingue, entonces, la luz con sabor de Cáceres, el cambio paulatino de tonalidades en cada uno de sus millones y millones de rayos de luz...!

Una luz que se conforma, a la vez, como toda la luz de Cáceres, que nos ilumina desde lo más profundo de nuestro ser y para siempre en el esplendor de las esencias de tu alma,

en el esplendor de las esencias de mi alma,
 en el caminar de los pasos entre la belleza
 que se abre por los horizontes y campas,
 en el hechizo de esas estampas serenas,
 y tan plenas, ay, de excelencia cacereña,
 que enamora de pasión, cálida y eterna,
 con las caricias de su luz entre murallas.

Quiero dormirme, una vez más, mecido cálidamente por el eterno abrazo de tus eternos rayos de luz eterna, Cáceres de la eternidad, con la imagen más sugerente y más penetrante en el altar sagrado de tu belleza, debajo de esas piedras y losas que pisaron tantas generaciones, herederas de diversas civilizaciones y culturas, a través de la historia monumental de Cáceres, siempre tan nuestra, a lo largo de toda una amplia escenografía

hermosa siempre, sublime, tan sagrada,
 con los rasgueos y acordes de la guitarra
 de este pobre juglar, en la dulce serenata
 por la senda de tus callejuelas y tus plazas;
 cuando arrobado en la noche, luz y calma,

entona una melodía de amor..., una balada,
ante tus portones, balcones y ventanas,
que retumba desde una tan bella atalaya,
con el coro del silencio en la madrugada,
hasta lo más alto de Cáceres, la Montaña.
¡Mi querida, preciosa y eterna estampa,
Cáceres... siempre, en la luz de mi alma!

PERFIL BIOGRÁFICO

Juan de la Cruz Gutiérrez Gómez. Licenciado en Periodismo. Cronista parlamentario de TVE, director de TVE-Madrid, Castilla-La Mancha, Extremadura, Navarra y del Centro de Producción de Programas de TVE-Canarias. Articulista y ensayista. Autor de las novelas “Tierra de silencio” y “El rabadán de Extremadura”, sobre la emigración regional de Extremadura, de la biografía “Rafael Ortega, la alfarería como Arte Mayor” y coautor de la “Guía de la Sierra de Gata”. Cuenta con numerosos ensayos en publicaciones sobre diversos temas.